

conocieron floreciente con el nombre de Teodosia, y otros quieren que sea la Stenos de los griegos. Pallás opina que los genoveses fueron los primeros en fijarse en esos escarpados peñascos: mas como quiera hoy no quedan de ella sino murallas arruinadas, algunos restos de torres y crecido número de pequeñas grutas alineadas en el escarpado flanco de la montaña. Los habitantes de Sebastopol que acompañan en ese paseo aconsejan que se abrevie por la mala reputacion de los inmediatos pantanos.

Dimos la vuelta á Sebastopol, y de paso entramos en la hermosa fragata Burgas, cuyas bellas formas la hacen digna de la escuadra; pero toda nuestra atencion se la llevaron las hermosas proporciones y la magnífica apariencia del navío de tres puentes el Varsovia, que cual una roca, dominaba la imponente línea de ese ejército naval que contaba doce mil hombres y mil quinientos cañones.

La vida de los habitantes de Sebastopol es muy casera, porque los obstáculos de que hemos hecho mérito, dificultan los paseos y las salidas al campo, que son en otras partes la delicia de las tardes. A la puesta del sol encontramos quizás alguna lancha en que iban pocas personas para gozar del último aspecto de aquel astro; mas ya que los habitantes

se abstienen de la vida exterior, gustan mucho de las reuniones y de los apacibles goces del hogar doméstico. Los compañeros, que eran estraños á los hábitos de la vida casera en Rusia, pudieron en Sebastopol observar las agradables particularidades que tiene.

El cortés recibimiento y la obsequiosa galantería hácia los forasteros, se encuentran allí de la misma manera que en el centro del imperio, y no desmienten la proverbial hospitalidad de los rusos. En las familias se ven todavía usos de sencillez patriarcal: así es, que en muchas casas el huésped prueba el vino en el mismo vaso del forastero, se besa la mano á las señoras, y ellas corresponden con un beso en el rostro. Todas las tardes la familia y los amigos de la casa se reúnen en torno de la mesa del té, en donde la conversacion sigue animada hasta cerca de las diez de la noche, hora en que todos se retiran, y Sebastopol se queda en perfecta calma, cuyo silencio solo es turbado por el lejano retintín de las campanas de los buques que dan la señal de silencio, y por los prolongados gritos de los centinelas del puerto, á los cuales contestan los lúgubres aullidos de los perros.

En tiempos normales hay en Sebastopol una poblacion de 30.000 almas, entre vecinos, soldados y

marineros dedicados á las faenas del puerto. Nosotros llegamos en época feliz, porque la presencia de la escuadra y el activo ejército de trabajadores habian doblado al menos el número de habitantes. En las inmediaciones del bien provisto mercado podia especialmente formarse una idea exacta de esa muchedumbre. Allí el consumo de las sandías era prodigioso; de suerte, que cada mañana desaparecian las montañas de esa refrescadora fruta hacinadas por la tarde. Al asomar el dia se presentaba tambien una inmensa variedad de pescados, con no poca alegría de nuestros naturalistas que estaban en el mercado antes que los consumidores, y hacian su científica eleccion en la abundante pesca de la noche.

Los frutos necesarios á la subsistencia están á precio módico, y solo son caros la madera y el forraje, á causa de la aridez de toda esa parte de la Crimea. Colocado Sebastopol sobre un peñasco calcáreo, abunda en materiales de construccion de buena calidad, aunque las piedras, naturalmente porosas, necesitan un revoque para que el exterior de los edificios tenga el apetecible aspecto de limpieza. Los pedruscos que sirven para la construccion de la dársena vienen de un punto distante, lo cual contribuye á aumentar el gasto de esas obras impere-

cederas. En la época actual ese gasto asciende ya á cinco millones de rublos, que al parecer son la tercera parte del total coste.

En la ciudad no hay ninguna habitacion tábara, ni las hay tampoco en Severnaia, puerto de cabotaje que está delante de Sebastopol, en la costa septentrional de la bahía, como lo indica su nombre, que significa Pueblo del Norte. Allí hay un crecido número de almacenes alineados y protegidos por baterías. Pocos musulmanes atraviesan la ensenada, sino que se quedan con sus carros cargados en la playa de Severnaia, en donde, desde la madrugada hasta la noche, bulle una muchedumbre de mercaderes que van á proveerse de comestibles, de leña y de varios frutos, que las caravanas tábaras descargan en ese reducido puerto.

Los compañeros que habiamos dejado en Baghtcheh-Sarai, se reunieron, finalmente con nosotros, no sin haber tenido sus aventuras. Habiendo llegado cerca de Sebastopol en medio de una noche oscura y sin guía que los condujera á esa ciudad de escarpadas calles; y no teniendo otras indicaciones que el nombre de nuestro huésped Cabalzar, nombre de consonancia algo cabalística, comenzaron por tropezar entre los montículos de sandías, cuya comovida base determinó un derrumbamiento que fué

rodando hácia la mar. Esto produjo una alarma. Despertados al ruido los mercaderes gritan como locos: unos corren hácia las fugitivas sandías, otros van á reconocer á los autores de aquel desastroso *sálvese quien pueda*, y cada uno puede imaginarse el barullo y las injurias que allí hubo y que allí se pronunciaron. Afortunadamente se interpuso un aduanero, protegió á los extranjeros muy embarazados de su posicion, restableció la paz; y despues de una hora de fatigas, inquietudes é investigaciones, los camaradas llegaron á nuestra puerta. Fácil es comprender la contrariedad que experimentaron al ver los muebles que adornaban nuestro salon de gitanos, porque la fama de que disfruta la ciudad de Sebastopol, les habia hecho concebir grandes esperanzas; engaño muy frecuente en los viajes. Todo se arregló como pudo, y nuestra cohorte, completa ya, estrechó las líneas, para hacer á los reciénvenidos los honores de su tosca morada.

No lejos de Sebastopol, y en la direccion del Oeste, se alza un faro en la estremidad de un largo cabo que apenas sobresale del nivel del agua; este cabo es la tierra que los antiguos llamaron Quersoneso: fué sede de una poderosa colonia griega, cuyos últimos vestigios habian desaparecido mucho antes de nuestra era, para dejar despues de esplendor

tan grande, solamente un dudoso recuerdo. Aquí la mitología se ha asociado con la historia para estraviar la memoria de los hombres en los fabulosos caminos de la imaginacion. En una parte de esa tierra, y hasta las puertas de Sebastopol, se encuentran ruinas de paredes dispersas por la superficie del suelo, y dispuestas regularmente en espacios iguales, cuya alineacion no se escapa al ojo observador. Algunas personas han creído ver en esos paralelógramos las ruinas de la antigua Quersona, ciudad que segun dicen, fué fundada en las costas de la Táurida, por los griegos emigrados de Heraclia.

Mas al propio tiempo otros anticuarios mas escrupulosos, no han visto en esos compartimientos simétricos, sino los vestigios de un reparto agrario de fecha muy remota. La poca profundidad de los cimientos de esas paredes casi desaparecidas del suelo, no permite creer que jamas hayan sostenido edificios de importancia. Esas ruinas se hallan en toda la estension de la península que fué en otro tiempo el Quersoneso heracliótico, en donde de espacio en espacio, se hallan tambien torres monumentales, cuyos escombros son notables por la enorme dimension de las piedras puestas unas sobre otras sin cimientos.

Si desde la punta en donde descuella el faro se sigue la playa del Mar Negro remontando hácia el Este, una cuesta bastante sensible conduce hasta las primeras mesetas de la cordillera de la Crimea; y allí, desde la cumbre de un majestuoso promontorio que es el cabo Parthenion de los griegos, la vista descubre con pasmo aquel Quersoneso, tan pequeño atendida su fama eterna, y se pregunta uno si es posible que de ese mezquino rincón de tierra hayan salido todos esos tesoros de tradiciones, fábulas y poesía que á fuerza de imaginacion han acabado por ser mejores que la historia. Júzguese, pues, de las edades vetustas, por ese imperceptible fragmento del mundo antiguo. Búsquese el sitio de la ciudad, pregúntesele por sus leyes, sus instituciones, su grandeza, su duracion; no contesta con otra cosa que con algunas piedras dispersas, y las incertidumbres de la ciencia, van á tientas en ese devastado campo. Aquí reina la poesía, y la historia se ha quedado allá abajo en la llanura. Si quiere uno ser espectador de este acto inmortal del drama de los Atridas y de la guerra de Troya que el mundo ha aprendido al aprender á leer, no tiene sino avanzar algunos pasos en ese promontorio sagrado, y ahí está la escena imperecedera, que muy superior á la de la unidad clásica, no ha cam-

biado en los tres mil años discurridos desde que Homero se apoderó de su universo poético.

Aquí está el templo de la Diana tauropolitana, la de los altares ensangrentados, y puede pisarse su formidable pavimento: aquí está el altar de la diosa, que es esta piedra cuadrada, altar grosero y tosco como los de los Druidas. ¿Qué significaban estos festones y guirnaldas en esa piedra simple teñida en sangre? Por este lugar ha andado la pitonisa; en estotro se escapaba el cuchillo de la mano fraternal; mas lejos se enseña la roca, sobre la cual, durante largas noches, el Orestes antiguo vino de tan lejos para apaciguar á las Eumenides; Eschyles y Sóphocles han consignado en sus dramas esos ilustres nombres. ¿Pero adónde vamos á parar con toda esa poesía? Somos viajeros y no poetas: volvamos, pues, á la realidad.

Era el día 24 de Agosto, en la hora mas fresca de la madrugada, cuando tocábamos ese hermoso cabo mitológico de Parthenion, que la geografia de los genoveses ha llamado cabo Fiorente. En Sebastopol habíamos tomado algunos carricoches de posta, que debian llevarnos el mismo día á Balaklava; la línea recta del Norte al Sur nos habia hecho prolongar aquella en que los historiadores y geógrafos de la antigüedad, Strabon y Herodoto, colocaban la

zanja que en otro tiempo sirvió de límite al Quersoneso, separándolo de la Crimea. El camino que corre por un árido páramo, sale de pronto á un inmenso hemicyclo de peñas que caen hácia el mar entre dos altos cabos tajados verticalmente encima de las olas. Este vasto anfiteatro ofrece el mas grandioso aspecto por la bella forma de la roca y el severo color de aquel sitio. En una vuelta de la roca, y en la parte superior de ese circo natural, se alza el monasterio de S. Jorge, á cuyo alrededor se han agrupado del modo mas pintoresco, algunas alegres casas que tienen por centro una iglesia bastante bella, cuyo techo de metal rojo y la cruz dorada, brillan en medio de la austeridad del paisaje. Diez monjes, bajo las órdenes de un venerable arzobispo que habíamos encontrado en Sebastopol, viven, por lo comun, en esa soledad majestuosa, especie de seminario, de que salen todos los capellanes de la flota, por cuya razon no se hallaban en el monasterio mas que cuatro. Habia en los buques cinco de ellos, y el décimo estaba prisionero en Circasia, y el convento acumulaba poco á poco y con gran trabajo los ocho mil rublos que exigian por su rescate.

Al lado de la sencilla habitacion de los solitarios, hay dos casas mas espaciosas destinadas á las fami-

lias que, en ciertas épocas, van á buscar un santo retiro entre esas peñas. Todo el mundo puede pasearse libremente por la meseta que domina el convento, al cual se llega por una escalera abovedada. Una hermosa y murmuradora fuente, fertiliza los jardines de los buenos monjes, y dichos jardines van bajando hácia una playa igual, adonde nos llamaba el irresistible atractivo de un baño abrigado, del viento y de las olas. Creemos que á nadie le ocurriria hacer dos veces la terrible ascension de la vuelta.

Sin embargo, el promontorio de Parthenion nos aguardaba, y cada uno de nosotros se dirigió, á merced de su aficion y de sus estudios, hácia esas pintorescas cumbres. Cuando llegados á la postrema estremidad estuvimos agrupados en una peña, que desde el mar se parece al pico de una águila suspendida encima del precipicio, dominábamos, desde una formidable altura, ese conjunto majestuoso.

Figúrese el lector hácia todas partes, acá y acullá, y á lo lejos, la mas inmensa reunion de masas descompuestas, de picos agudos, de verdura sombría, entre la cual brillaba en lontananza el pequeño edificio de S. Jorge. Desde esa elevacion veíamos el fondo del mar, á traves de la transparencia

de sus azuladas ondas: á nuestros piés un tiburón gigante se deslizaba cautelosamente bajo el agua, dando vuelta al cabo, como hubiera podido hacerlo el mas diestro remero, para sorprender una bandada de paviotas jóvenes que iban á posarse algo mas lejos. Todo eso formaba un espectáculo admirable, resplandeciente de calor y luz, dignamente coronado por un cielo azul, en que se recortaban limpios los contornos de ese gran paisaje. Nuestros dos atrevidos compañeros M. Huot y M. Raffet, nos dejaron para bajar con gran trabajo hácia la playa situada á quinientos piés debajo de nosotros. M. Huot habia columbrado allí algunas vetas de lava, y Raffet queria ver de mas cerca dos agüdos picos que pudieran llamarse *Pilades* y *Orestes*. Estos dos hermanos de la misma roca salen del fondo del mar, y solo son accesibles á los buitres: y como no es dable que á tales fenómenos les falte alguna fábula maravillosa, la imaginacion de los habitantes de esas comarcas no ha dejado de colocar en esas áridas cumbres, y en la punta de esas agujas, delgadas como las flechas de la catedral de Strasburgo, un inmenso monton de polvo de oro, que es el sueño universal de los pueblos que ya no piensan en brujas. ¡Insensatos! No saben que el oro se oculta en las entrañas de la tierra, que no crece en las rocas ári-

das como si fuese un liquen, y que para cogerlo se ha de pagar mas caro de lo que vale.

Mientras que nuestros dos compañeros recorrían ese azaroso camino, continuábamos nuestras investigaciones arqueológicas; pero habiéndose calmado el primer fuego de la imaginacion, nos encontrábamos cara á cara con la realidad, bella sin duda, pero bella y no mas como una bella prosa. Corrian las horas, los carruajes, guiados por Miguel, habian tomado mucho antes el camino de Balaklava; trascurrió la hora de la cita general, y no obstante, nuestros dos camaradas no parecian. Nuestros gritos, nuestras señales, nuestros repetidos escopetazos no recibian respuesta, cuando por fin vino á despertar en nosotros alguna idea de angustia el lejano murmullo que desde el borde de la mar se levantaba. Rousseau, que lo habia oido hasta la punta del cabo, se encaminó á toda prisa hácia esa direccion; mientras que nosotros, agitados por terribles inquietudes, nos preguntábamos uno á otro si alguno de nuestros amigos era víctima de algun accidente grave, por qué medio se le podia izar hasta la cumbre de esa muralla inmensa, cómo proporcionarle los auxilios necesarios cuando acabábamos de separarnos de nuestros bagajes, en donde iban los instrumentos del Dr. Léveillé. Grande era